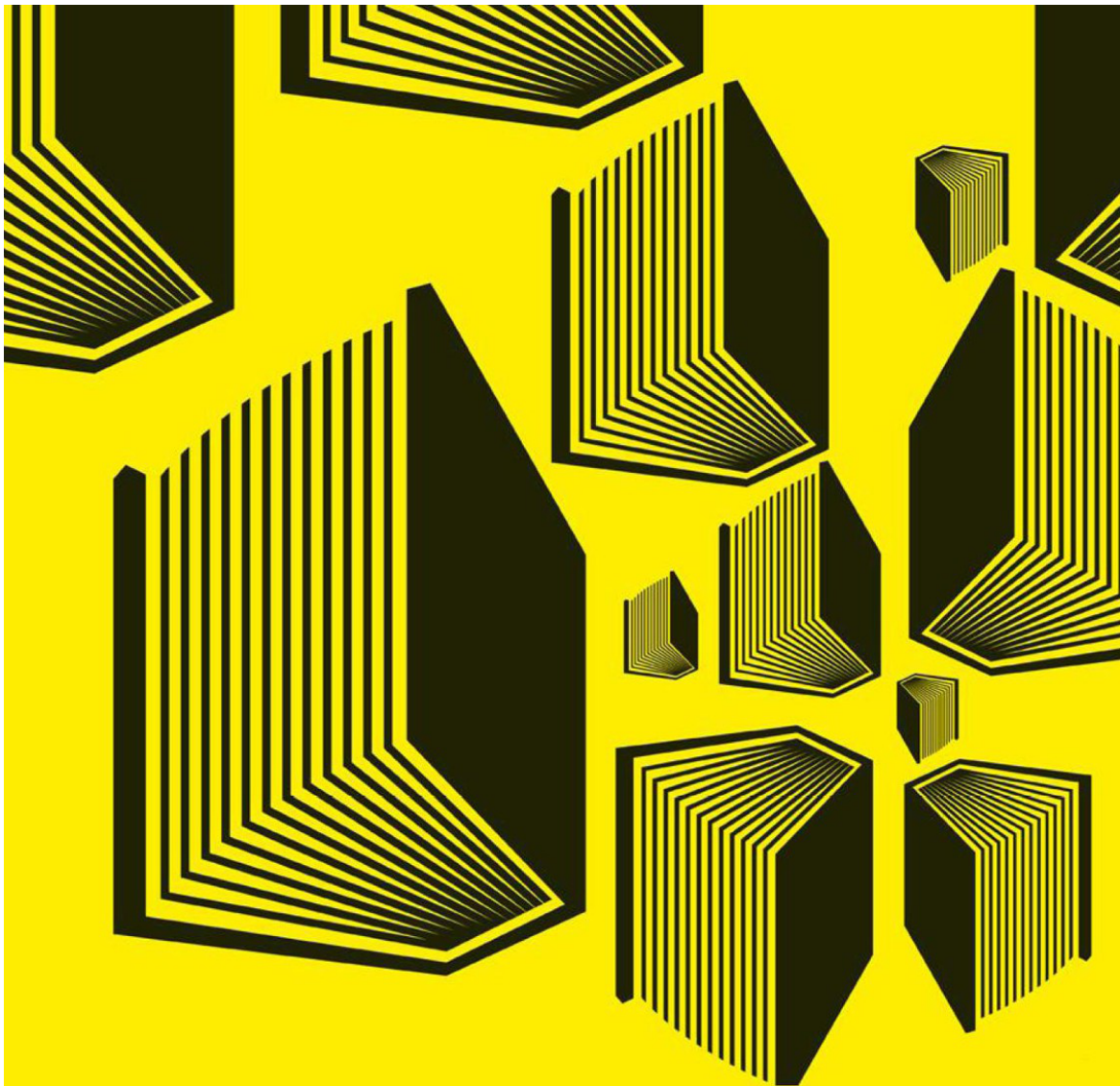


**GINÉS MULERO CAPARRÓS**

---

# **Pájaros de papel**



**GINÉS MULERO CAPARRÓS**

---

# **Pájaros de papel**



# **Pájaros de papel**

**Ginés Mulero Caparrós**

Este relato ha obtenido el Tercer Premio en el I Certamen "Literatura y biblioteca", convocado con motivo del Día de la Biblioteca, el 24 de octubre de 2014, por la Dirección General de Bellas Artes, del Libro y de Archivos de la Comunidad de Madrid.

*A Amelia*

«El libro es un pájaro con más de cien alas para volar»  
-Ramón Gómez De La Serna

«Cuando más se eleva un hombre, más pequeño les parece a los  
que no saben volar»  
-Friedrich Nietzsche

«Los ángeles pueden volar porque se toman a sí mismos a la  
ligera»  
-Gilbert Keith Chesterton

## PRÓLOGO

Tomo el tomo de *Romeo y Julieta*, de William Shakespeare. Lo hago con dos dedos. El índice y el pulgar. Ellos se ponen jubilosos, especialmente el índice que ya estaba atribulando que su amo siempre era injusto con él al proporcionarle un papel secundario, si exceptuamos el clic del ratón y la sexualidad. El pulgar, más henchido y vanidoso -sabe que posee, científicamente demostrado, el sesenta por ciento de la funcionalidad en la mano y no se mete ni en cepos ni en otros humedales- no lo celebra tan a las claras; tal vez es discreción o prudencia. Venga, inyección de realismo. Al libro vuelvo. Tapa dura. Granate. Cantos redondeados. Finito; versión abreviada. Letra apretada. Poco más de un palmo. Editorial Vicens Vives. En catalán.

El lugar elegido para el lanzamiento espasmódico diría que es perfecto. Una explanada amplia con arena de costa, sin elementos distorsionadores como un árbol o un parasol que propinen un coitus interruptus. Y el mar enfrente. Calmado. Paradisiáco. Precioso a todo cómputo. La línea del horizonte en su sitio, un poco trémula, quiero pensar que por el sol frío del amanecer. No hay viento. El mar de argenta una sábana tersa, quizá, con alguna tonalidad cobalto en la superficie de su piel. Las condiciones climáticas, digamos pues, balsámicas, sin alteraciones extremas. La temperatura ambiental... idílica. El sedoso azul del cielo relaja la vista, serena el espíritu. Ningún ser humano en derredor. Genial, porque si no sería como darlo en mano. Es mejor el anonimato de ida y a ver si hay vuelta. Cruzando el vientre coloco a Romeo y Julieta. A la altura de la pelvis. Vamos a dar ignición a la cuenta atrás para el despegue, Houston. Viéndome desde fuera parezco un atleta olímpico de carne y hueso o tal vez, adornándome algo, un Discóbolo o Doríforo marmóreo, con barriguilla de cebada. La pose me queda potable, da para una fotografía digital, para estéticas cantemos... noo, noo, noo, como el anuncio. El brazo doblado en forma de ele. El ángulo

interior del codo de unos cien grados, a ojo de buen cubero. Las vértebras marcándose en el arco de la columna. Las piernas genuflexionadas. Respiro hondo. Templo. Giro. Impulso... Tres. Dos. Uno. Lanzo el libro con todas mis fuerzas. Podía haber lanzado un disco de DVD conteniendo el mismo romántico dramón. Quiero que ascienda muy alto hasta caer en medio de la arena caliente de la playa. Paralelo a la orilla donde las olas desfallecidas vienen a morir. Algún efecto lleva, porque no ha salido bien. Lo he notado mal direccionado nada más escaparse de los dedos. Ha resbalado antes de tiempo. El libro veleidoso va dando vueltas sobre sí mismo. Sacudo la cabeza. La mano de visera. Me parece que ahora el libro se endereza buscando su propio destino. Despliega sobre el lomo sus alas con serenos movimientos acompasados. Igual que un gavián granate que elevándose sobre el firmamento índigo deja lastre. Su cola dibuja unos acueductos-nichos imaginarios donde alternativamente se exponen hologramas de los rostros de familiares montescos y capuletos.

Podría haberlo donado a una Biblioteca de barrio. Mucho más fácil. También podría haberlo vendido con lo de la crisis en el Mercado de San Antonio, si es que todavía quedan *amateurs* de la compra-venta. Qué habría obtenido. Miseria y compañía. Pero antes que vender los libros se tendrían que vender las fruslerías, digo yo. Qué manía con deshuesarlo todo. La cultura y el pan han de ir de la mano, en el mismo pack. En la ciudad donde vivo abundan como hongos las tiendas de “COMPRO ORO”. Alguien me dijo que cuando las cosas vienen mal dadas todo el mundo vende sus joyas y hasta sus muelas; hay un próspero negocio para los que compran sin tener que excavar en las entrañas de la tierra. No tengo oro que vender. Todo lo que teníamos en ese metal se lo llevó mi mujer. Era suyo, un regalo. Qué obra maestra la de Shakespeare. Remordimientos tengo al desprenderme de ella. Todavía podría recitar algunos textos de memoria:

*-Però jo puc donar-te més  
Perquè vull fer-li una estàtua d'or pur...  
Que res no pugui ser més estimat que la figura  
de la fidel i lleial Julieta.*

Regreso a casa con mis tribulaciones. La traducción es fidedigna. La ida en la Ruta del Colesterol hasta la playa se me ha pasado en un santiamén. ¿La vuelta? Un vía crucis adaptado a mi general torpeza. Parpadean luces en el ordenador mental. La ingle izquierda. La cadera derecha. Las pantorrillas, ambas. El sofoco encaramándose a los pómulos como las finas patas de una araña a las flores prístinas de las buganvillas del jardín. Perlas de sudor afloran tiernas, y acelero el paso: un burdo y grotesco sucedáneo de la *marcha* en atletismo. Las evocaciones fluctuando. Y pensar que -



con los años que han pasado- mi hija todavía me guarda rencor porque le obligué a disfrutar de la lectura de *Romeo y Julieta* cuando acababa de cumplir los 16 años... Decidí que ése, iba a ser el primero en desaparecer de una larga lista; desprenderme de ellos no iba a ser tan fácil como pensaba, pero de esto no fui consciente hasta pasadas unas horas. Y hoy es el día de iniciación. La cosa se me ha ido de las manos, literal. Me explico. Yo quería que cayera en la arena y lo aprovechara cualquiera -sin distinción de clase social, raza o religión-, pero el libro ha volado por iniciativa propia aguas adentro y lo he perdido de vista diluyéndose hasta evaporarse, quizá hasta suicidarse o enterrarse en el mismo mar. Seguramente estará desaprovechado en el fondo del océano, balanceándose por la corriente, empapado, enmadejado de algas y medusas y caballitos de mar y ondulantes palabras de Romeo en catalán:

*-Com puc surtir deixant el cor a dins?*

Altruismo es una de las palabras más hermosas. No sé si las pulsaciones y los latidos se han revolucionado por pensar esto o al acelerar el paso. Footing no puedo, pero andar rápido sí; lo hago con y por el corazón. Soy consciente de que bajo el ritmo cuando pienso que lo he echado todo a perder con la Literatura. Mi mujer, mi hija se deben haber sentido esquinadas y por eso se marcharon. Leía convulsivamente y escribía igual. Mi tiempo libre: *Occupé*. Como los taxis y los lavabos de Sants-Estación. Dicen que a los ociosos se nos pasea el alma por el cuerpo. ¿Un viaje del alma en góndola? Quién quisiera estar al lado de una persona así. Todo lo que se lee seleccionado es poco; joder, qué avaricioso. Beber de los clásicos, de los consagrados, de las futuras promesas y apartarte de las rebanadas del mundo. Es una droga. Ya no hay vuelta atrás. Solo. Estoy solo. Y de un pesado plomizo. Con arterias obstruidas. Próximo al infarto. Leyendo somos infinitos o nos creemos así. Y cuando has escrito algo fumable tienes que ser consciente de que no importan los agasajos literarios recibidos comparados con el amor cercano que te has perdido por hacer otra cosa. Las *Vidas paralelas*. Lo no atesorado en el amor. Lo que pudo ser y no fue. No sé los kilómetros que llevo pero me siento agotado. Saco el MP3 y me hundo el pinganillo en la oreja buscando airado calar hasta la trompa de Eustaquio. Quiero ignorar el cansancio. El dial me lleva a la radio. Paso por delante de Jardiland e inspiro profundamente para ver si puedo embotellar gratis en mi cuerpo el aroma de los pensamientos o de los dientes de león. Oigo la voz embelesadora de la presentadora del magazine radiofónico: *Fue Dimitris Christoulas de 77 años quien en la Plaza Syntagma de Atenas contó su historia a los transeúntes* -la voz de locutora, de tan melosa y cautivadora es entrañable. *Claro de luna* de fondo en el estudio-, *luego dejó una carta de despedida constatando que no quería perder la dignidad ni ser condenado a hurgar en los basureros para poder comer después de haber trabajado toda su vida como farmacéutico, y luego se suicidó pegándose un tiro...* Lloro por él.

Tal vez por mí mismo. Imagino a la ninfa griega Pharmakeia protegiendo una fuente supuestamente venenosa. A mis pies aparece una serpiente muy fina. Salto con las puntas tímidas de mis deportivas. Veo mentalmente cómo los perversos sistemas financieros tiran de los hilos del poder político. Marionetas... Cómo se enriquecen sin ética y sin moral. No les importa meter cuchara a la población. Es una tercera guerra mundial sutilísima que nos aboca a la mendicidad. No les importa nuestra dignidad ultrajada, ni el amor propio, ni la credibilidad del ser humano. Nos desnudan hasta dejarnos en los huesos pelados. No hay que burlarse de nuestras buenas intenciones, *Ay, ay, ay, qué dolor me ha dado en los riñones, ¿no serán gases o flato o piedras?* Me paro. Abro los brazos, ahora para insuflar aire limpio a unos pulmones de medievales Ducados. Una lágrima en la comisura salta despeñándose. Me quedo unos segundos doblado como una avenida. No por eso la emisora deja de funcionar o el planeta de orbitar. Un escritor humanista y economista de 94 años está al teléfono en la radio calificando a la Merkel de Führer, ole su huevos. Doy otro paso más. Cuando vengo a darme cuenta, después de caminar cinco horas en la Ruta del Colesterol, he llegado a casa. Descorchemos un agua de Vichy para un posterior eructo de cava catalán, el de los pobres. Reventado vengo, sí. Pero vivo. Y no acaban aquí mis sorpresas y desconciertos. En la puerta, sobre el felpudo adquirido en Ikea con las letras *República Independiente de mi Casa* está un libro mojado, latente, palpitante como un pájaro herido o agonizante del mensajero Hermes, el mismo libro que yo he lanzado no hace tanto y que él por su cuenta ha retornado en una especie de parábola increíble sólo atribuible a un bumerán mágico. Empiezo a pensar que no hay forma humana de liberarme de Willi.

### III

Hoy ya no puedo más con ni con mi cuerpo ni con mi alma. Me desplomo sobre el sillón como si estuviera a un segundo de desmayarme. El sol del mediodía hierve en los cristales de mi ventana y creo intuir el sonido de las chicharras de un kazoo vecinal. En la columna quincenal que me dan para el diario quiero imbricar muchos temas a la vez como si fueran las escamas concatenadas de un pez brillante. Ya me tiene advertido el Director que quien mucho abarca poco aprieta, excusa indolente para insinuar sin remordimientos de conciencia el *adiós muy buenas* que me augura. Aun con ese temor, escribo rápido mi columna; versátil, fiel a mis ideas, mezclo finanzas, política, fútbol, toros y elefantes. Y cómo me crecen los en... enemigos, vislumbro. El batiburrillo es inédito. Mantendré los principios inherentes a mis lecturas escogidas. Ya tendré tiempo de arrepentirme cuando me den el puntapié, ya sea real o republicano. Le doy al ENTER y envío el artículo. Muestra de mi tozudez: hago un atado con el triunvirato *Romeo y Julieta*, *Las mil y una noches* y *Mahabarhata*. Una ducha me refrescará las ideas. Mientras llueve por dentro y por fuera hago abstracción mental. Me visto para ir al centro. Salgo a buscar el automóvil con los tres libros anudados. Les profeso devoción, los idolatro como a un dios sabio. Me amago a olfatear el territorio como un sioux. Huele a gasolina. Miro receloso mi sombra a la espalda. Es una piel en el suelo que se retuerce y se levanta por un extremo, como una segunda piel, podría tirar de ella, arrancarla, a ver qué pasa con esa mortaja. Debajo asoma una luz incorpórea, tal vez el destello de un todopoderoso anhelante. A jugar; y sale la luz del banquillo de reservas: me acaban de robar una garrafa de combustible.

## IV

Es de sensatos creer que el *BookCrossing* o liberación de libros sea una tarea de las menos arriesgadas. Qué objeto tiene que los libros que ya has leído y extraído su néctar estén abandonados en el ostracismo de un parking, o apilados en un trastero, o alineados por colores en una alacena. Deberíamos darles salida generosa, aunque sólo sea para que otros puedan hacer maniobras orquestales de distracción mental. Voy en mi automóvil. Se ha hecho noche cerrada. Aparco en el Maremágnun. Escalo por dentro la Torre Mapfre, el rascacielos más alto de la ciudad. Bueno, empatado con el Hotel Arts. Desde el último piso lanzo -vigilando que no haya transeúntes- los tres libros al vacío, con dolor. Me duele tanto... como si me arrancaran en vida los dos riñones y el hígado. Bajo con lágrimas caleidoscópicas en los ojos. Necesito una copa. Paso embobado por delante de la monumental escultura *El Pez de Oro* del escultor Frank Gehry, el mismo del Guggenheim. Me acerco al restaurante temático Planet Hollywood. Un cartel en la puerta reza que acuciado por las deudas está clausurado. Circulando hasta aquí y mirando ocioso por la ventanilla, he tenido la sensación que había montones de carteles de pisos: Se Vende, Se Vende, Se Vende... Y ahora en el Port Olímpic poca gente y mucho bar con Se Traspasa, Se Traspasa... Menuda espada. Me pregunto por qué de forma interesada se está creando esta atmósfera de Fin del Mundo.

Menos mal que no he bebido. Al salir de la C-32 los Mossos d'Esquadra están recaudando dinero a mansalva con controles de alcoholemia. Soplando con vehemencia doy cero-cero en el marcador. Empate. Me enchufan a los ojos el foco de una potente linterna y por la comisura de los labios me largan un rabioso: *Usted, circule*. No han podido rascarme el bolsillo. En Radio Nacional aseguran que el negocio de la ITV ha metido en prisión a un político y a un empresario, que los radares-trampa están fusilando a fogonazos los excesos de velocidad en carreteras secundarias, que hay autónomos que se han suicidado porque los ayuntamientos no pagan sus deudas, que ha aumentado la delincuencia en las calles, que los sanatorios mentales están a tope, que no hay pan para tanto tiburón, que el índice de pobreza está llegando a unos niveles desorbitados... Qué ristra, Dios. Los que se sienten protegidos no tienen miedo de nada. El miedo desestabiliza. El miedo paraliza. Está estudiado por esos cabrones.

No puedo creerlo. Magullados están. Pero los tres libros que dejé caer desde lo más alto del rascacielos, a 20 kilómetros de donde vivo, están sin resuellos sobre el felpudo. Han vuelto. No hay explicación científica. No la busquen. Estoy hecho ciscos. No, no me rindo. Añado al listado anterior *La Illíada* y *La Odisea* de Homero. Me voy a un descampado cercano. Tropiezo con una roca anclada. En vez de caer yo, son los libros los que caen a lo más hondo de una fosa séptica.

## VI

Cuando llego a casa de nuevo están ahí, como guardianes desafiantes cuyo desodorante está fabricado con aguas residuales. Amarga es la derrota, pienso. Entro. Dejo apilados los cinco libros todavía chorreantes en lo alto del paragüero. Escribiré todo esto por Word. Quiero tener certeza manuscrita de que es real. El skyline sobre la mesa-escritorio es un recortado de torreones de libros altos y bajos, anchos y estrechos. Las estanterías llenas, a reventar. Tengo que driblar centenares de libros amontonados indiscriminadamente por el suelo. Parecen tener ojos. Los oigo latir. Compruebo que jadean. Vahídos. Se dilatan abombándose. Sacan pecho. Meten vientre. Extienden las alas. Brotan pezuñas. Adelgazan el lomo. Silban. Trinan. Son animales en celo. Buscando respuestas especulo sobre la dosis en mi medicación crónica. Rememoro a mis diosas. Destierro al que elogie la soledad. Descreo de la fuerza de la Prensa. Sólo escribo, escribo... Llegando al final del capítulo VI me encuentro con fuerzas renovadas. Creo llanamente en una acción definitiva para deshacerme de todos los libros. Me siento acorralado de novelas, cuentos, ensayos, poesías, enciclopedias... La luna estalla de luz mineral y se abre hacia abajo como un extenso abanico.

## VII

Tengo un amigo de la infancia, Pol. Se hizo camionero, aunque tiene dos carreras. Se hipotecó hasta las cejas para el camión. Con penurias, pero va tirando. Le pido el volquete a deshora. Sin preguntar nada me lo deja en la puerta. Las llaves puestas. Trabajo toda la noche en cargarlo con todo mi patrimonio de libros, quizá decenas de mil; nunca había jugado al tetris a ese nivel descomunal. El Llobregat en su curso medio es una zanja de agua lo suficientemente alargada como para adornar su ribera con mis libros; así alguien podrá aprovecharlos. Regreso con la duda en las pupilas. Temo que todo el esfuerzo se vaya a hacer puñetas y al llegar me encuentre con ellos diseminados como si fueran miasmas de una brutal emanación del mismísimo Hades. He llegado. No hay restos de encuadernaciones. Todo está tranquilo. Entro rápido en el hogar. Me atrincheró. Clavo por dentro maderas en las ventanas. Siento el glorioso y dulce sabor de la victoria. Mis labios se han hinchado con un colágeno de miel.



## EPÍLOGO

Agotado, doy dos cabezadas. Pronto he hablado de laureles. Oigo un ruido en la azotea, un crac de tejas rotas. Avisto a través de una rendija de la ventana, cómo, desde lejos, un libro viene de frente agrandándose, con las alas extendidas. El impacto es brutal contra el cristal. Plas, otro impacto que se estrella contra la puerta. Diez estallidos más, contra la fachada. Guerra Bárbara. Más petardos contra los dinteles. Pájaros. Pájaros de papel. Miles de pájaros furiosos regresando, enfilándose contra los cuatro costados del refugio. Camicaces. Suicidas. Es el asedio final. Explosiones sordas. Contra la cornisa. Contra el balcón. Contra las puertas de cristal. Bombazos. Tomahawks de cartulina. Saramago, bum, Neruda, bum. Muñoz Molina, bum, bum. Veo mi casa como la cabina en la que Tippi Hedren recibe aturdida a los furiosos cuervos de Hitchcock. Cuando parece haberse acabado todo... el silencio se estrella: nuevo big bang. Logro salir del parapeto, del búnker protector. El exterior es decadente. Millones de hojas de papel volando, arrugadas, dobladas, agrietadas; chispas de papel, brasas, rescoldos, cenizas... vence el decorado de un otoño enfebrecido. La cancha delante de casa es un campo santo lleno de despojos. Unos, han salido de los libros como zombies: desmembrados, agonizantes, llenos de pústulas, vomitando sangre. Otros, son calaveras sin ojos, cuencas roídas por las ratas, cráneos enmohecidos, agusanados, y también yacen esqueletos humanos disecados, desperdigados en un tangram de calcio irreconstruible. La fachada está llena de agujeros de los que sale un vapor de pólvora y celulosa. Todo es una auténtica desgracia que estalla en mis retinas.

## A MODO DE POSTDATA

Los libros magníficos son susceptibles al rechazo. Es la afectación. Combaten la monotonía, seducen, excitan, curan, protegen del mundo. Qué más queremos. Una de las lecciones que he aprendido es que sin ellos la decepción conquista territorio. No son míos, son de todos: Patrimonio de la Humanidad. Son para la vida un regalo, un milagro, un punto de inflexión entre la bondad y la muerte. Vuelven una y otra vez regulares como los pájaros en sus migraciones de estacionalidad anual. No quieren que pierdas sus enseñanzas. Uno es lo que come y lo que lee y lo que escribe. Una barrecha. Veo llegar un automóvil en medio del campo de batalla, en medio de la desolación y del desamparo. De él salen dos diosas con sus maletas para quedarse. Una de ellas, mi hija, lleva el amuleto de *Romeo y Julieta* versión íntegra. Ya no tengo miedo al infarto ni a las palabras envenenadas de los gerifaltes. Mando a tomar por saco todo lo que he escrito y me dedico a ellas en cuerpo y alma. Son el motivo de mi existencia. Las quiero tanto que físicamente me duele. Contemplarlas es el mejor paisaje del mundo; en ellas irán las horas y los días y los años que me queden. El mercurio en el Termómetro del Amor asciende a la cima (me importa un rábano que me apedreen por la cursilería), derramándose como lava de plata. Somos un libro abierto. Mi mujer -con nuestro entusiasmo- no tardará mucho en quedar embarazada, esta vez de Literatura.